



CONJUNCIONES

LAS últimas notas de la orquesta acababan de perderse en el aire, y aún seguía su recuerdo acariciando voluptuosamente los oídos del público, como siguen acariciando

el oído del amante, muchas horas después de pronunciadas, las frases de la mujer origen de su amor.

Había terminado el espectáculo, y la Marquesa, levantándose del asiento que antes ocupara, se dirigió hacia el fondo del palco y allí permaneció en pie algunos instantes, sin aceptar el abrigo de pieles que le ofrecía su marido, como si quisiera poner de manifiesto ante los ojos de éste y ante los de Jorge (su más asiduo contertulio), todos los maravillosos encantos de su cuerpo; sus hombros redondos, su pecho alto y bien contorneado, que se desvanecía formando deliciosa curva entre los encajes del corpiño de seda; sus brazos desnudos y frescos, su cintura flexible y sus espléndidas caderas, sobre las cuales se ajustaba, para perderse luego en mil y mil pliegues caprichosos que apenas descubrían el nacimiento de unos pies primorosamente calzados, el rico vestido, hecho, más que para velarla, para realzar la estatuaria corrección de sus formas.

Los dos la miraban; el marido, el viejo y acaudalado prócer, con la satisfacción pasiva y moderada de la impotencia; el mozo, con la febril inquietud que pone en los ojos el deseo cuando la sangre es joven y la vida palpita en el organismo pletórica

de energía y de poder. Ella sonrió satisfecha de aquel triunfo plástico; la sedosa piel del abrigo cayó sobre su espalda desnuda, y sólo quedaron al descubierto sus ojos negros, su nariz correcta, sus labios sensuales y el extremo enguantado de su brazo, que se apoyó en el de Jorge, mientras la Marquesa decía á éste con voz vibrante y acariciadora:

—Usted me acompañará hasta casa; el Marqués tiene una cita en el ministerio.

—Sí, respondió el anciano.

Y los tres salieron del palco; ella apoyándose dulcemente en el brazo de Jorge; éste, envanecido con tal distinción, y el viejo, detrás, encendiendo un cigarro y siguiendo á la juvenil pareja con paso lento y trabajoso.

Cuando aparecieron en el *foyer*, todas las miradas se fijaron en ellos; las mujeres cuchicheaban en voz baja, mezclando á sus frases sonrisas epigramáticas y desdeñosas; los hombres reían también con más fuerza, con más descaro, y entre unos y otras se cruzaban palabras por este ó semejante estilo:

—¡Vaya un grupo!

—¡Y él es buen mozo!

— ¡Es claro! Se casó con el otro por dinero...

—¡Qué cinismo! ¡Es escandaloso!
 —¡Pobre Marqués! ¡Está en Babia!
 —¡Como que Babia es el pueblo natal de todos los maridos viejos!
 —No es la primera.
 —Pero eso de hacer gala de su falta, es insoportable... repugna.

Cualquiera que hubiese escuchado estas conversaciones, hubiera creído que los censuradores de aquel adulterio, volverían despreciativamente su espalda á los adúlteros; y, sin embargo, á medida que el grupo, origen de tan varia y justa murmuración, llegaba cerca de los que se ocupaban en criticarlo, las injurias cesaban, en todos los labios aparecía una sonrisa de afecto, los hombres se quitaban el sombrero, inclinábanse las mujeres cortésmente, y palabras cariñosas de *A los pies de usted, Marquesa. Adiós, Jorge. Hasta mañana, querida*, oíanse el paso de la gran dama, que con la frente alta, provocadora la mirada y atrayendo hacia sí al cómplice de sus traiciones, atravesaba orgullosa por delante de todos, luciendo las galas que habían arrojado sobre su cuerpo las debilidades de un viejo, y el amante que supo conquistarse con el incontrastable poderío de su hermosura.

—Adiós, dijo la Marquesa, despidiéndose

de su marido, para subir al carruaje, seguida de Jorge.

—Adiós, repuso aquél.

Y se quedó mirando partir la lujosa berlina, en pie sobre la acera y mascando el cigarro que se desvanecía en espirales de humo, mientras la Marquesa, oprimiendo entre sus manos las de Jorge, y volviendo hacia él su rostro henchido de promesas y de deseos, murmuraba á su oído con acento apasionado y febril:

—¡Jorge mío, qué dichosa soy á tu lado!...

El carruaje llegó á la puerta del palacio donde residían los Marqueses. Junto á aquella puerta, arrebujado el cuerpo en un mantón de puntas, con un pañuelo de seda caído sobre los ojos, la cara pintarrajeada y el ademán grosero y desenvuelto, habia una mujer, una mercenaria del arroyo, una de esas mercancías del vicio que se venden en la sombra, como temerosas de que la luz, mostrando sus miserias, disminuya su precio; una de las muchas víctimas que el hambre, la ignorancia y el abandono arrojan en medio de la calle, y que mendigan un pedazo de pan cuando brindan con placeres al transeunte.

Aquella mujer se detuvo para hablar con alguien á tiempo que el coche de la Marquesa paraba frente á los umbrales del pa-

lacio y el lacayo abría, sombrero en mano, la portezuela.

—Hasta mañana, Jorge, dijo la Marquesa. No olvide usted la hora. A las dos. Estaré sola.

—Hasta mañana, repuso la voz del joven desde el interior del carruaje.

Y la Marquesa, saltando ligeramente al suelo, envuelta en pieles y sedas, tropezó con la miserable aventurera que la obstruía el paso. Las dos se miraron; sus rostros, iluminados por los amarillos reflejos de un farol, se hallaron frente á frente, pintarrajeado y repugnante el uno, hermoso y atractivo el otro; el hombro de la aventurera rozó el cuerpo de la gran señora, y ésta, retirándose con asco, penetró en el anchuroso zaguán, exclamando en voz baja:

—Estas mujeres están en todas partes. Debía procurarse que no tropezaran con ellas las personas decentes.



UN CHICO LISTO



Salió de cualquier parte, de un pueblo, de una capital de provincia, de una callejuela de Madrid; y sin otras condiciones morales de importancia que su ductilidad maravillosa y su desparpajo á prueba de humillaciones y desprecios, consiguió meter la cabeza, no sin hacerse antes chichones mayúsculos en la dignidad, en un periódico de gran circulación.

Y ya tienen ustedes á Pepe Ruiz, como le llamaban entonces, al Excmo. Sr. Don José Ruiz Pérez, como le llaman ahora, hecho todo un periodista y tomando café en el inmediato al salón de conferencias del Congreso.

Pepe Ruiz era un chico perseverante: conocía á fondo, mucho más á fondo que la ortografía y la sintaxis, el país donde había nacido, los ministros con quienes se codeaba á diario, y el modo de ser una autoridad en ambas Cámaras; pues para el caso de catar hombres y de medir inteligencias, lo mismo sirve un diputado que un senador por derecho propio.

Pepe no entendió nunca, y presumo que ahora seguirá ocurriéndole lo mismo, gran cosa de nada. En política reducíanse sus conocimientos á saber el número de decretos que firmaba el ministro del ramo correspondiente á sus investigaciones, quién estaba para entrar y quién para salir; qué se murmuraba entre los descontentos y cuántas horas de duración habían de tener las sesiones de Cortes. A esto, á llevar apuntados en su memoria, mejor que lo están en la *Gula Oficial*, los apellidos de todos los prohombres de España, y á saludarlos con franqueza de íntimo amigo, limitábase la ciencia del sujeto. De arte no hay que hablar; confundía á Campoamor con Carulla, á Pérez Galdós con Torcuato Tárrego, á Echegaray con Pina, á Vico con Mesejo, y claro es que su literatura corría parejas con sus confusiones; lo cual no le impedía hacer de vez en cuando su re-

visita de teatros y su crítica impresionista de la última obra publicada.

Todos los redactores que pensaban y discurrían con inteligencia en el periódico, burlábanse de Pepe Ruiz; pero él, sin darse por entendido de tales burlas, y burlándose acaso para adentro de sus burladores, seguía su camino y entraba en el Congreso con ínfulas de diputado presunto y lucía ante los estupefactos ojos de cualquier Becerra un terno flamante, modelo recién venido de la calle de la Cruz, y saludaba á éste al paso y estrechaba la mano de aquél, y sacudía las motas del gabán al ministro de la Gobernación, y sonreía humildemente al presidente del Consejo cuando este contestaba con un bufido á alguna de sus indiscretas preguntas, y poco á poco iba abriéndose hueco entre la masa rural y cuñera que le rodeaba. Al fin, con un suelto laudatorio para cierto personaje y otro depresivo para el de más allá, y una de cal y canto para el que estaba entre si me caigo ó me tengo en pie, consiguió el hombre hacerse respetable, así como suena, respetable, y eran sus cuartillas aurora de esperanza ó nuncio fatídico, según, elogiándolos ó denigrándolos, aparecían á los ojos de nuestros políticos sub-eminentes.

—Don Fulano —le decía Pepe á un ex mi-

nistro de esos que fueron al poder porque sí, y luego de probar su ineptitud continuaban siendo aptos para el cargo; —don Fu-



lano, en el número de mañana le voy á dar á usted un *palito*.

—Pepe ¡por Dios! ¿qué le he hecho yo á usted para que me trate tan mal? ya sabe usted que yo le aprecio y que no le olvido. No se *meta* usted conmigo en estas circunstancias.

—Bueno, hombre; lo quitaré. Basta que usted lo pida.

—Gracias, Pepe, gracias. Crea usted que solo deseo pagarle tan inmenso favor.

—Don Mengano—exclamaba á poco rato el insigne Ruiz, encarándose con otro ex ministro de la misma alcurnia que el de antes:—don Mengano, ¿ha leído usted lo que digo en el número de anoche á propósito de que está usted indicado para Fabié (él decía ministro) de Ultramar, en la próxima combinación?

—¿No he de leerlo, Pepe de mi alma? respondía el *ex*: ¡ya lo creo! deseando estaba que nos viésemos para darle á usted un abrazo. ¡Esto es lo que se llama un amigo!—añadía volviéndose á otro chico listo que le seguía con cara de secretario particular y de aspirante á yerno político de su excelencia.

Con los hombres de verdadero mérito usaba Pepe otro sistema. Haciale comprender su *mundología* que si una inteligencia superior se ríe de los Ruices y de lo que los Ruices puedan hacer en contra suya, es siempre—porque en esto sí que todos somos iguales—accesible por la adulación y por el servilismo. De estos dos medios se valía Pepe para captarse, ya que no el aprecio, la buena voluntad de las ocho ó

diez personas de talento que, apurando la requisa, pueden entresacarse del montón de los políticos contemporáneos.

—¡Qué hermoso discurso ha pronunciado usted ayer tarde!—gritaba Ruíz á voz en cuello.—¡Eso es hablar! ¡Hombres como usted hacen falta en este país! ¡Bravo, don Perengano, admirable!

Y don Perengano, sin ver de qué incensario venía el incienso, lo aspiraba con gusto, dando un apretón de manos á aquel chico tan humilde, tan cariñoso, amante de su oratoria y dispuesto, por admiración, á limpiarle las botas en caso de necesidad.

Así vivía Pepe, y mientras sus compañeros escribían hermosos artículos que por ir sin firma les privaban hasta del éxito; mientras dirigían la opinión ó confeccionaban el periódico; mientras los noticieros de verdad se limitaban á dar noticias y á comentarlas sin adular á nadie, él continuaba su rumbo por el salón de conferencias, y una mañana se supo que el ignorante, el inepto, el antisintáctico y antiperiodístico Pepe Ruíz, salía diputado ministerial por un distrito al que no estaba unido ni siquiera por vínculos de conocimientos geográficos.

Y fué diputado y secretario particular de un mamarracho con cartera, y gobernador luego, y subsecretario después, y hoy se

pavonea por esas calles, y mañana puede que le veamos de ministro de la Corona.

Después de todo, de la madera de Pepe Ruíz han salido muchos tarugos con destino á consejeros responsables.





PRIMAVERA

Fué una mañana paseando por las frondosas alamedas del Retiro; bajo la sombra de aquellos árboles robustos, sobre cuyas ramas gorjean los pájaros celebrando con notas vibrantes el festival de sus amores, y entre cuyas hojas se quiebran, formando caprichosos matices, los rayos del sol, mientras el aire las agita y columpia con suave

y lascivo cuchicheo para descubrir á intervalos las azules tonalidades del cielo, de ese cielo donde pone siempre sus ojos el que apetece algo infinito que le libre, aun cuando sólo sea por breves instantes, de las miserables pasioncillas y de las ruines ambiciones, que constituyen la síntesis suprema y definitiva de la existencia para la mayor parte de los humanos.

Siendo tan hermoso el espectáculo de la naturaleza, son muy pocos los que dedican un par de horas á contemplarlo. ¿Por qué? Porque tales contemplaciones equivalen á perder el tiempo, en opinión de los hombres prácticos.

Ocupar dos horas diarias en ver cómo los árboles enlazan sus ramas y columpian sus hojas; cómo las flores abren sus capullos de tonos encendidos para deshacerse en perfumes, así como el canto de los pájaros se deshace en misteriosas armonías, y el murmurio de los arroyos en suspiros, y las nubes en jirones de ópalo, y los rayos del sol en polvo luminoso cernido por las ondas inquietas y transparentes del aire; todo esto, ni vale nada, ni significa nada á juicio de quienes pueden emplear ese par de horas adulando á un imbécil, humillándose ante el éxito, traficando con su conciencia y jugando á los cubiletes con su

dignidad, para prepararse una vejez tranquila y repleta de comodidades y bienandanzas. A esos—y por semejante patrón se hallan cortados casi todos los que llamándose prójimos en el mundo se esfuerzan en dar al prójimo contra una esquina—les importa tanto de la naturaleza y de sus primores, como á mí de los autorzuelos intermitentes que transforman la literatura en mercancía, y el escenario en mostrador de vulgaridades y de indecencias.

Pero, en fin, yo, que no pertenezco, y es una lástima, porque andando los años podría ser subsecretario y hasta ministro (con menós méritos que yo, teniendo yo tan pocos, andan por ahí muchos, y nadie se extraña); yo, que no pertenezco, repito, á esa pléyade de logreros que ni perdonan minuto ni reparan en medios para ser cosa que produzca buenas rentas sin grandes trabajos, tengo la mala costumbre de proporcionarme las satisfacciones no positivas que al espectáculo de la naturaleza se refieren; y una mañana, como dije antes, paseaba por el Retiro, ensanchando mis pulmones con el aire fresco de la primavera y refrescando mi alma en aquel paisaje lleno de luz y casi desprovisto de figuras humanas.

De pronto tropezaron mis ojos con un ser tendido en la hierba, que medio le cubría

con su manto fresco y oloroso. Era un niño de cuatro ó cinco años que dormía bajo la ancha sombra de un árbol, con la tranquilidad sublime de la infancia y con el sereno descuido de la inocencia.

Envuelto en jirones mal remendados, por



entre los cuales aparecía su carne sonrosada y fresca, desnudos los pies y abiertos los brazos en cruz, entregábase al reposo sin que una sombra de tristeza ó de angustia se dibujase en su frente hermosa y ennegrecida por la intemperie, sin que un pliegue de tristeza viniese á enturbiar la sonrisa de ventura estereotipada en sus labios, y sin que una madre, ni una herma-

na, ni un amigo, ni nadie, velase su sueño, respetado por el sol mismo, que tímida y medrosamente, más como quien acaricia que como quien quema, resbalaba por su cuerpecillo escorzado é inmóvil.

Y no obstante, aquella criatura dormida era un sér abandonado; una de esas víctimas de la suerte que se maldicen al nacer, que se arrojan al mundo con vergüenza, que se crían en el arroyo y que, empujadas por la miseria, flotan sobre este oleaje de la vida para sumergirse en horribles profundidades, sin que el recuerdo de una caricia endulce su infortunio, ni las expansiones de un afecto puro consuelen su desgracia.

¡Pobre sér falto de amparo y de protección el que yo contemplaba entonces! ¡Qué realidades más tristes le aguardaban en el porvenir, y qué ensueños más deliciosos debían acariciarle en el presentel Yo le miraba con lástima y con envidia á un tiempo; con envidia, porque era niño; con lástima, porque estaba obligado á ser hombre; hubo un instante en que me incliné para besar su rostro; pero no lo hice. Robar una hora de ventura á quien tan pocas iguales á ella debía poseer en el mundo, parecióme una imprudencia y una injusticia.

Tales eran mis pensamientos, cuando me

distrajo de ellos un rumor de pasos y voces que sonaban en un sendero próximo, oculto á mis ojos por el tupido manto de verdura que á uno y á otro lado de la alameda se extendía. Aparté las ramas para mirar, y vi una pareja deliciosa, una mujer y un hombre, jóvenes los dos, hermosa ella, fuerte él, y apasionados ambos; el amante ceñía con un brazo el esbelto cuerpo de la muchacha, mientras deslizaba en su oído, en su corazón sin duda, tiernas frases de amor, de las cuales sólo llegaba hasta mí un eco dulce é indescifrable.

Solos, perdidos paralos ojos de la gente en aquella solitaria encrucijada, acompañados por el canto de los pájaros, por el chasquido de las ramas, por el cuchicheo de las hojas, por las vibraciones del aire y por los átomos de luz que se acariciaban en el espacio, iban los dos amantes gozando de su amor y extasiándose en su ventura.

Ella volvió el rostro; los labios del mozo se apoyaron con ansia y con delirio en los suyos, y uno y otra se ocultaron en una de las revueltas curvas del camino.

Yo los miré á ellos, miré después al niño, y establecí entre las dos imágenes relaciones y consecuencias que me hicieron maldecir de la sabia organización social, donde el amor y sus grandiosas expansiones pue-

den provocar, y provocan, lágrimas sin cuento, desdichas irreparables, mientras en la naturaleza sólo producen pájaros que cantan, ramas que se unen, flores que recrean la vista y que enriquecen el ambiente con su aroma; la perpetuidad de la vida, en fin, sin manchas que la oscurezcan ni desamparos que la prostituyan.





1870-1890

AQUELLOS eran unos tiempos muy distintos á los de hoy para mí; se alza entre ellos un abismo hondo: el que separa las ilusiones de los desengaños, y á un niño pobre é inocente de un hombre que, conservando la primera de estas virtudes, ha perdido para siempre, y bien contra su voluntad, la segunda.

Vivía yo entonces en las Peninsulares, en esa línea de casas simétricas frente á las cuales se levantan ahora calles espaciosas y viviendas alegres, y desde las que sólo se se divisaban, hace veinte años, las estériles curvas de Monteleón, la solitaria ronda del Saladero y los desiguales montículos de la puerta de Bilbao, salpicados á trechos por sucios y mal olientes bodegones, donde el entrar era un arrojo y el alimentarse un heroísmo; por pintarrajeados columpios y por los inverosímiles caballejos de un *Tío Vivo*, que daba vueltas y más vueltas al compás de una música insoportable, con gran contentamiento de soldados y fregatrices.

En tales sitios se desarrollaban amplia y desenfadadamente mis infantiles travesuras. Muchas tardes, al volver á mi casa con los cabellos en desorden, sudoroso, agitado, risueño; al subir á saltos la escalera, ó al detenerme frente á la puerta de mi habitación, tropezaban mis ojos con un joven, de modesto atavío, ancho de espaldas, robusto, de fisonomía bondadosa, recortada por una barba oscura y de pupilas brillantes, á través de las cuales descubriase toda la potencia de un cerebro fuerte y de un organismo vigoroso. Siempre que estos encuentros se verificaban, aquel joven me dirigía una palabra de cariño, ó una sonri-

sa, más cariñosa aún que sus palabras.

—¿Quién es ese que vive en el último piso — pregunté una mañana á la portera — ése que baja todas las tardes cuando yo subo?

—¿Ése? Uno de los pintores del sotabanco. Casto Plasencia.

—¿Y qué pinta?

—¡Qué ha de pintar, muchacho! Mujeres, hombres, cuadros muy bonitos, según dicen los que los ven... Pero ninguno de ellos le da una peseta.

Yo no escuché la última frase de la portera, dicha con el énfasis despreciativo propio á los burgueses y á los ignorantes, que se burlan del arte porque no tienen la buena ventura de comprenderlo; el nombre del pintor y las cosas que el pintor hacía, se grabaron en mi memoria, y pasé las horas acariciando la esperanza de satisfacer un capricho: visitar el estudio de Plasencia, y ver aquellos hombres, aquellas mujeres y aquellos cuadros tan bonitos que él pintaba.

Así es que, al subir por la tarde las escaleras de la casa donde vivíamos, al encontrarme en ellas con Plasencia, y al dirigirme éste, como de costumbre, una expresión de afecto, le cogí por un extremo de la americana, y le dije:

—Oye: ¿es verdad que tú pintas?

—Sí, pequeño, me respondió él.

—Y dí: ¿me dejarás subir á tu casa á ver los cuadros?

—¡Ya lo creo! Con mucho gusto.

—¿Cuándo quieres que suba?

—Mañana, temprano.

É inclinándose hacia mí, acarició con sus manos anchas y musculosas mis cabellos, que eran entonces muy rubios (noticia que comunico para que se enteren de ella los que poseo en la actualidad y rabien de envidia), me dió un beso, y me dijo:

—Hasta mañana.

—¡Hasta mañana! grité yo.

Y entré en mi cuarto más contento que si me hubiera comprado mi madre una caja de soldados de plomo.



Una habitación ancha, desmantelada, irregular, con un caballete en el centro, una

silla de paja delante del caballete, varios estudios sujetos con clavos á las paredes desnudas, un rayo de sol que, penetrando por los cristales del techo, se descomponía sobre un lienzo á medio concluir, y un par de taburetes de pino; tal era, en 1870 ó 71, el estudio de Casto Plasencia.

En el centro del estudio estaba él en mangas de camisa, con el cuello de ésta desabrochado, la paleta llena de colores en una mano, el pincel en la otra y los ojos puestos en el lienzo, donde comenzaba á destacarse una cabeza de mujer.

—¡Hola, muchacho! dijo al verme.

—Buenos días, contesté yo, recorriendo con mirada curiosa todos los rincones del estudio, y fijándome en los diversos cuadros que le adornaban, con esa curiosidad inquieta del instinto que lo registra todo, y que desea averiguarlo todo y saberlo todo también.

— ¡Qué! ¿Te gusta esto? me preguntó Plasencia.

—Es muy bonito, repliqué yo.

—¿Quieres que haga tu retrato?

—¡Ya lo creo! grité con expresión gozosa.

—Pues siéntate aquí.

Y en el modesto asiento colocado por enfrente del cuadro, me senté por espacio

de veinte minutos, viendo con asombro cómo el pincel del joven pintor iba retratando sobre un lienzo grosero mis facciones traviesas, mis cabellos rubios, mi carne sonrosada, mi cuerpo entero, que yo veía destacarse entre los colores arrancados á la paleta con el mismo asombro medroso con que veía destacarse de las tinieblas de la noche los revoltosos diablillos cuyas hazañas y picardigüelas me contaba mi madre para dormirme. *

Cinco días serví de modelo á Plasencia, y aún recuerdo el efecto que me causaban sus ojos, en los cuales lucía de tiempo en tiempo un resplandor extraño, que yo no podía explicarme entonces, y que eran las llamaradas de la inspiración, de esa matriz gigantesca y fecunda donde se moldean las eternas concepciones del arte. Sí: en los ojos del pintor reflejábanse entonces todas las ansias de la lucha, todas las angustias del recelo, todas las alegrías de la esperanza, sentimientos múltiples que pueden ser condensados en una sola frase: el porvenir.

—

Veinte años habían pasado desde entonces, y hace uno que me invitaron á visitar el estudio de Plasencia, el hermoso estudio que poseía en el pasaje de la Alham-

bra, aquel estudio lleno de maravillas del arte y de la industria, alfombrado por ancho tapiz, y ostentando en sus lujosas paredes dos cuadros inmortales, debidos al pincel del insigne artista: *Las lavanderas* y *El mentidero*.

Cuando me acerqué á saludar á Plasencia, observé que si el tiempo había cambiado la expresión de su rostro, que si en éste se notaban las huellas terribles de la lucha por la gloria, sus ojos brillaban con idéntica bondad que en otros tiempos, y sus labios tuvieron para mí (al conocer en mí á su antiguo modelo) las mismas frases de cariño y las mismas expresiones de simpatía.

Hermosa tarde aquella; velada literaria y musical que no olvidaré nunca y que acude con tristes recuerdos á mi memoria al pensar que poco tiempo después contemplaba el cuerpo de Plasencia, inerte, sin vida, encerrado en un ataúd cubierto de flores, y faltó ya de expresión, de aliento, de energía y de fuerza.

El combatiente á quien yo saludaba en los años de mi niñez, ha triunfado; su nombre vivirá eternamente; pero al triunfar, ha muerto: que tal es la vida.

Ese algo que preside los destinos humanos, es muy pródigo para los males y para las derrotas; para los bienes y para los

triumfos es tan avaro, que cuando no puede impedirlos, los corta con el auxilio de la muerte.

Bien es cierto que á cambio de ella concede á los grandes hombres la inmortalidad.

¡La inmortalidad! Una gloria de que se entera todo el mundo, excepción hecha del difunto.



EN LOS TOROS

AFOYADA en la barandilla del palco, sobre la cual descansaba, formando una curva deliciosa y viviente, su pecho robusto, que al agitarse á impulsos de la respiración movía con suave y lascivo movimiento los encajes de su mantilla blanca, encontrá-